

Milena va a ser feliz.

Las flores del almendro ya habían cumplido su misión. Los pétalos blancos caían en las palmas de las manos de Milena, que intentaba atraparlas persiguiéndolas en una alegre danza. Eran los pequeños momentos de alegría que tenía en su día a día. Milena tenía una tristeza muy grande: su madre se había ido. La había dejado, no abandonado. Se había marchado a su país de origen, para cuidar de su padre enfermo, como era costumbre en su cultura. La hija mayor se hacía cargo de sus padres. A su vez Milena se había quedado al cuidado de su padre, Mario. Habían decidido que siguiera su vida aquí, sus estudios y su educación en una tierra que los acogió sin pena y sin gloria, pero donde comenzaron una nueva etapa lejos de los fríos inviernos de su país.

Mario intentaba ponerle todos los días un plato de comida caliente en la mesa, y no era fácil. Milena estaba muy triste, lloraba a menudo. Sólo se sentía acompañada por su gato, que por las noches se acurrucaba a sus pies cuando se quedaba dormida en el sofá. Era el poco calor de que disponía.

Milena era una niña muy cariñosa. Iba al cole todos los días, muchas veces sin desayunar. Con los libros que le habían prestado sus compañeros de otros cursos y cuadernos que le regalaban sus maestros por su cumpleaños. Todos los días su amiga Maica compartía con ella su bocadillo en el almuerzo, junto con un sorbito de aquel zumo de mandarina que tan dulce le sabía. ¡Está bien algo dulce entre tanto amargo!

Solo había un secreto que Milena guardaba en su corazón: su madre, al irse, se había despedido dándole un fuerte beso en la mejilla y le había dejado una caja cerrada con un pequeño candado. Le había pedido que no la abriera hasta que cumpliera los 10 años.

El invierno había pasado. Por suerte no había sido extremadamente frío. Las lluvias que habían llenado los embalses suavizaron las temperaturas. Era muy difícil conseguir leña para la estufa del cuartito donde hacían vida. Las ramas y cortezas de pino que conseguía Milena y su padre se consumían rápidamente. La estufa servía no sólo para calentarse, también para cocinar y para secar la ropa que tenía que ponerse al día siguiente. Calentaban el agua para asearse. Milena podía pasarse el día sin probar apenas bocado, pero lo que no soportaba era lavarse el pelo con agua fría. Ese pelo moreno, ondulado que tan agraciado tenía. Lo había heredado de su madre. El cubo de cinc se llenaba a la mitad. Se colocaba encima de la estufa, en el lugar de la tapa.

Cuando empezaba a subir el vapor Milena entendía que era el momento de su aseo. Su padre le ayudaba, no quería que se quemase al quitar el cubo. Un chorrito de champú servía para limpiar la melena rebelde de la niña, que Mario frotaba con amor. Le recordaba la de su esposa, que hacía tanto tiempo que no acariciaba. Se la imaginaba paseando por los caminos de su pueblo, con una sonrisa que brotaba cuando lo veía trabajando en los huertos. No sabía cómo, pero notaba su presencia. Al acordarse sonreía él también.

A pesar de todo esto, Milena se sentía feliz a ratos. Era una niña muy inquieta, le gustaba mucho jugar en la calle a juegos que hacía mucho tiempo que se habían perdido.

La primavera llegó. El canto de los pájaros lo anunciaban. Las golondrinas hacían sus nidos. El blanco de las casas iluminaba el pueblo, incendiando las calles. Milena quería pensar que después de su invierno llegaría su primavera. Lo que más deseaba es que volviera su madre. Que la abrazara durante todo un día, o más bien, que no terminase el abrazo. Bueno, un poquito para poder jugar... El problema es que no sabía cuando iba a llegar a su vida su estación preferida. Pero esa era su ilusión, y nadie se la podría quitar. Se imaginaba con un vestido blanco de algodón, con su melena suelta adornada con florecillas del campo, riendo y dando vueltas...

Lo que ella no sabía es que pronto llegaría ese día.

Milena jugaba en la calle junto a su amiga Martina. La tarde estaba luminosa. Por la mañana el cielo había descargado una lluvia torrencial que limpió la atmósfera. Se respiraba un aire puro y fresco. Las niñas se divertían saltando a la comba y cantaban soniquetes que hacía tiempo que no se escuchaban. Al pasar la barca me dijo el barquero las niñas bonitas no pagan dinero...

Entre aquellos juegos se acercó el cartero. Aunque no era hora de reparto, Segis sabía dónde encontrar a Milena. Los años de profesión le había dotado de la intuición necesaria para saber que aquella carta dirigida a la niña traía noticias buenas, o por lo menos eso quería él. Se dieron las buenas tardes y si mediar más palabras la niña arrebató la misiva de las manos del cartero. Rasgó el sobre y comenzó a leer. Su mamá le contaba que la echaba mucho de menos, que su abuelo había muerto y que aún pasaría un tiempo en volver, puesto que había que arreglar papeles. A la vez que leía,

unas lágrimas corrieron por las mejillas de Milena. Eran mezcla de pena por su abuelo y de alegría porque se acercaba el día en el que se juntaría con su madre. La niña se despidió y corrió a su casa para ver si su padre había vuelto ya de las labores del campo. Ese día Mario estaba en casa. Lavaba la ropa y preparaba la cena. Milena entró como un rayo a la casa y se tiró en los brazos de su padre, que la subió al techo con el impulso. La niña comenzó a relatarle la carta de manera atropellada y Mario tuvo que tranquilizarla para entender lo que decía. Una vez aclarado todo, la alegría empezó a inundar la casa. No sabían cuándo, pero la hora de estar juntos los tres estaba más cerca. Su cumpleaños era dentro de un mes.

Los siguientes días se hicieron largos, pero más llevaderos. La sonrisa que nunca había abandonado los labios de Milena se acentuaba. Aún pasaron quince días hasta que la mamá de la niña llegó en el autobús que venía de la ciudad. No tuvieron que avisar a Milena. Todas las tardes se acercaba a la parada para ver si venía y todas las tardes se volvía a casa un poco triste y un poco alegre porque ya faltaba menos.

Cuando Liria bajó salió del vehículo la niña se abalanzó a ella. Se fundieron en un abrazo que duró unas horas... Una vez recogido el equipaje, se dirigieron a la casa. Por el camino Milena la puso al día contándole cómo le iba en el cole, que tenía nuevos amigos y que soñaba con escribir un cuento. En ese momento se acordó de que ese día era su cumpleaños. Con tanto pensar en la llegada de su madre se había despistado y no sabía en qué día se encontraba. Se dio cuenta de que le habían hecho el mejor regalo que podía esperar. Mario las esperaba con la cena preparada. El beso que se dieron sus padres no lo podría olvidar nunca Milena. Al terminar de cenar Mario apareció con una tarta de nata con guindas, la preferida de su hija. Milena repitió ración de dulce, no todos los días había tarta ni todos los días se cumplían 10 años...

El padre le trajo la caja que le había dejado su madre antes de irse. Milena emocionada la abrió delante de sus padres. Allí estaban los pendientes, la cadenita de oro y la medalla preferida de su madre. Debajo había un cuaderno. La niña apartó las joyas, cogió el cuaderno y se puso a leer. Era un cuento que había escrito su madre. La protagonista era una niña que se llamaba Milena. Y como buen cuento que se precie tenía un final feliz.